

Cartailhac, que no creará tener afinidades con el curioso de mi historia.

Ved ese montón de despojos. A tiro de ballesta se advierte que procede de una cena fastuosa, y posterior á la media noche, puesto que en ella se ha promiscuado y ha dominado la vianda. A tal cena precedería, seguramente, una Misa del gallo, en el oratorio de la elegante residencia. Terminada la misa, las señoras dejarían sus mantillas,—echadas sobre el moño, sin prender,—encima de un mueble, y del brazo de los caballeros, bromeando, pasarían al comedor. La cena y su epílogo durarían hasta las dos de la noche, por lo menos. Y aquí, en el montón de lo que va á ser arrojado á la basura, está en cifra, el menú. Los huesos de la *pularda*, los papeles de plata que cubrían las terrinas del *foie gras*, pringosas con la salsa tártara del salmón, las reducidas capsulillas de las guindas en aguardiente glaseadas, y los finos fragmentos de vidrio de la copa en que se libó el Champagne, cuya marca, *Mumm extra dry*, nos muestran las botellas desventradas y vacías. Sobre las botellas sin tripas y el vidrio hecho cascós, como una alegría del placer pasajero, languidecen, empaladas en sus alambritos y envaradas por sus palitroques, las flores que centraron y engalanaron la mesa: mustias violetas rusas, camelias orladas ya de orín, crisantemos lacios como arañas muertas... Y las conchas de las ostras, al sol de invierno, muestran aún galanos reflejos de nácar. Lo que contiene este polvo aristocrático, valía ayer á la noche, centenares de pesetas...

Otro polvo, más usado, roto á fuerza de servicios, no es menos elocuente. La familia ha cenado á las nueve, probablemente, para que no trasnochen los niños, que están diabólicos y han manifestado la resolución de no acostarse, ni hechos trizas. Se han sentado á la mesa el padre, la madre, los tres barbas, un primo soltero que ha venido de provincia y echa de menos el hogar, y una amiga que vive sola porque tiene á sus dos hijos empleados, rodando por ahí. La cena ha sido una mezcla de melancolías y momentos gratos. Se ha recordado á los ausentes, se han alabado los platos, (lo cual es enteramente mesocrático y cursi, entre paréntesis sea dicho, pues el buen tono impone la ley de no comentar la comida, de charlar de cualquiera otra cosa, mientras se masca). Hasta se ha aplaudido al besugo, tan orondo, con sus ruedecillas de limón que le mechan la carne blanca, tersa y jugosa. Y el alborozo ha subido de punto con una botella de Champagne también, pero de marca barata y nacional, que el dueño de la casa ha traído para sorprender, debajo de la pañosa... Y allí aparece todo, en el polvo: una zambomba rota, de los chiquillos, las rasas del besugo con los cuarterones de limón estrujados, el envase del Champagne, las cáscaras de la almendra que se molió para la sopa, los tronchos de la coliflor... Los de la cena tardía no han comido más sabrosamente que estos burgueses, para quienes la suculencia del fresco pez del Cantábrico—un horror de caro, ¡seis pesetas!, ¡cómo se aprovechan los pescaderos!,—constituye un extraordinario gastronómico...

Y he aquí, en una cesta desportillada, los residuos de una cena pobre. ¿Residuos? Eso indicaría que hubo sobras; y ¡qué más se quisiera! Un poco de ceniza; dos hojas magulladas de verdura; las espigas de un pescado en escabeche; unas cáscaras de nueces; es cuanto sobró de la misera refracción de Noche Buena. Sus botellas no faltan en el polvo, pero es el roto envase del azulado vinazo de la taberna... Y asusta ver que las botellas son tres, para un solo día, y que todas se han hecho tuestos... ¿Qué escena habrá presenciado la humilde bohordilla, donde se bebe y no se come á proporción?

Entre estas tres clases sociales, la que cena salmón y *foie gras*, la que permanece fiel al besugo; la que apenas puede saciarse de judías y atún de rueda, hay un sin fin de matices y gradaciones, porque las clases sociales no se encuentran tan destacadas y definidas. Entre la gente del pueblo hay mucha que cena opíparamente, en la Noche clásica. Cada día, por otra parte, puede el pueblo cenar y comer mejor. Los salarios han subido en diez años, hasta casi duplicarse, y los forjadores que no ha mucho comprometieron la prosperidad de Ferrol con una huelga, ganan sesenta duros al mes. Con sesenta duros, un obrero es mucho más rico que un burgués que goza un sueldo de seis mil pesetas, y cuenta que este sueldo figura entre los magnos. Ese burgués, si tiene dos hijas, gasta cuarenta duros en sombreros de velador para ellas, y cien, lo menos, en el resto de la *toilette*. Su mujer no puede ir á la compra: no es decoroso. No puede hacer la cocina: no ha sido educada para

eso. No ha de fregar los suelos: ¿quién tal imaginaba? Así es que el obrero, cuando llega una noche de fiesta y holgorio, está en situación de permitirse más lujos y de refocilar su panza, mientras el burgués ha de apretarla y escurrirla, para no desdecir de «su clase» en los demás gastos que la sociedad le impone...

Y este es un tremendo problema que acabamos de rozar, de pasada. Los recientes aumentos de sueldos, que se han debatido en el Congreso, lo demuestran. Curas párrocos que cobran quinientas pesetas al año; maestros de escuela con setecientas, (ahora con mil); son infinitamente más proletarios que los albañiles, herreros, carpinteros y pintores. Un carpintero mediano gana cinco pesetas de jornal. Con una blusa y unas alpargatas, listo. Con un cocido y unas sopas de ajo, perfectamente alimentado, pues ambas cosas son sanísimas y, al menos para mí, de excelente sabor, si la mano que las confecciona no yerra el punto. Ninguna exigencia, ninguna concesión al decoro social. Su decoro consiste en la hombría de bien. Si no hubiese por el mundo *cines*, teatruchos, cafés, reuniones políticas que acaban en copeo; si los obreros economizasen, vivirían, (dentro de su esfera, y así debemos vivir todos), bastante holgadamente. Como empleo numerosos operarios en el campo, he podido observar que la plaga del tedio, el ansia de goces (de los goces que están á su alcance) es su peor enemigo. Muchos obreros jóvenes españoles, se parecen exactamente á muchos señoritos españoles también. Se levantan pensando cómo le romperán la crisma á un duro. La diferencia está en que los señoritos se lo piden á sus papás, y el obrero se lo ha ganado la víspera, sudando más ó menos. Claro es que, en estricta moral, tiene doble derecho á gastarlo el que lo ha ganado. Lo único que sucede es que ambos, el que lo gana y el que no lo gana, se encuentran sin él cuando lo tiran, y, además, les queda en el cuerpo, al uno y al otro, el daño del feo hábito adquirido, del exceso cometido, del tiempo derrochado, del dinero que, pudiendo asegurar algo la dicha, ó la tranquilidad por lo menos, va á aumentar el peculio del tabernero y del amo de la casa de mal vivir...

Quizás parezcan ociosas estas disquisiciones; pero realmente, hoy que se le pregunta al rico, con insistencia, qué hace de su capital, no veo por qué no sea tan conveniente á la sociedad que se pregunte al trabajador cómo invierte el fruto de su trabajo. Acaso lo segundo sea más interesante que lo primero. La riqueza es la excepción; las clases laboriosas son la inmensa mayoría. Si se establece que cada cual es dueño de disponer, como le plazca, de su hacienda poca ó mucha, entonces no hay discusión, y el que compra un perrito que vale doce mil francos y le planta un collar de treinta mil, es tan libre (moralmente hablando, aquí no se trata de las leyes), como el albañil que en vez de entregar la semana á su mujer para que las criaturas coman y anden abrigadas, va á dejar su jornal en el «establecimiento» ó en el tupi. Sin género de duda, el hecho del albañil es doblemente perjudicial para los seres humanos á quienes debe mayores respetos y más eficaz cariño y protección. Un millonario que adorna y enoja á su can, no deja por eso sin sustento á su familia.

Todo esto me lo ha sugerido el episodio de los sueldos aumentados. Por poco que sea ese aumento representa la cena de Navidad; una cena más gozosa, sazonada con la esperanza y el respiro en medio de los ahogos cotidianos. En cambio, las dietas de los diputados no han prevalecido. A la verdad, parecía algo de gollería, y perdónenme los padres de la patria. Hay puñaladas por un distrito; ¿qué no habrá, el día en que se añada ese confite al servicio, ya tan sabroso? En cambio—puesto que de confitería se trata,—parece que les han quitado los caramelitos. Este castigo ó supresión no afligirá á los diputados: la pena la pagan las señoras que asisten á las tribunas, asaz incómodas. Si tenían por abajo amigos, á poco de haberse sentado y trocar el saludo y la sonrisa, empezaban á llover cartuchitos, que los ujieres presentaban en una bandeja murmurando en tono respetuoso:

—De parte del señor Presidente... De parte del Sr. X ó el Sr. B...

Ahora, en cambio, les van á dar de almorzar á catorce reales, con la diferencia de los caramelos por subvención. Es un arreglo doméstico, en perjuicio de la galantería, y ya veremos si en ventaja del estómago.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La Navidad ha vuelto. Ha vuelto con sus ostentaciones y derroches gastronómicos, con sus alegrías íntimas, con sus bullangas callejeras. Y, según las clases sociales, así son las manifestaciones externas de estos regocijos, que la tradición ha consagrado.

En un pueblo de provincia conocíamos á cierto señor, solterón, de regular hacienda, y que padecía ó gozaba de una ociosidad inveterada y crónica. No tenía aquel buen vecino absolutamente nada que hacer. Era madrugador. Desde las seis de la mañana, pues á las cinco había dejado las «ociosas plumas», huroneaba por la ciudad, metiéndose en las calles y rincones más extraviados y escondidos, á la husma de lo que pasaba. La curiosidad era su único vicio; y lo satisfacía ampliamente, merced á su sistema, pues á tales horas se sorprenden infinitos secretillos que, por otra parte, á nadie importan, á menos que se padezca, como el señor á quien me refiero, el afán de averiguar insignificancias que pueden presumirse.

El señor consabido extraía gran parte de sus informaciones y documentos, mediante el registro de la basura. En el polvo, todas las mañanas, la vida de las familias, sus costumbres, son arrojados á la vía pública. Así es que, por la tarde, en el Casino, el curioso podía asombrar á sus convecinos, diciéndoles con aplomo:

—Hoy, en casa de Landín, han comido pollo asado y melón. Por cierto que el melón les salió malo, como un pepino. No pudieron tragarlo. Era de Valencia. Y las de Bradoranes sufrieron un disgusto: se les rompió una taza de porcelana, bien bonita. Pero rota en añicos. ¡Ah! El majadero de Salviada compuso varios sonetos, y ninguno valía un rábano. Por más que tachó, quedaban llenos de ripios... Uno decía: «Mi corazón está como las rosas...» ¡Qué gan-sada!

Mil veces se me ha ocurrido que, con una ojeada á los despojos de cocina, el 25 de diciembre, sabríamos la clase social á que pertenecen los que los desecharon. Y nadie afecte un sentimiento de desdén hacia los despojos de cocina: sobre ellos ha construido la ciencia gran parte de sus tinglados prehistóricos. Del hombre de las cavernas, conocemos poco más de lo que revelan sus «polveros» anteriores á este útil artefacto doméstico, y conservados para regocijo de sabios etnólogos como mi amigo el señor

Me as
el Impar
la admira
riosa idea
aquellos

No es
vamente
el momen
escrito al
ción de r
ma de es
vida.

La gen
quien lo
la, el cue
hilo de u
sea. Se o
la nariz c
como á u
entregado
estáis obl
sejeros, g
agentes d
menos de

Porque
en que r
porque te
tro interé
nece, sinc
tro trabaj
nero, ent
acerque á
daderas ó
tra profes
personaje
locar y fa
tulos que

Benave
ninguna p
ne un bill
celebre d
aunque fu
la admira
lo valga.

Tiene l
miradores
amargam
sacarnos «
ma, sin ge
tor de Lo

Yo no i
donde lo
quien sier
dan á ella
en vida, q
lo de agu

El corr
tas que r
siquiera á
que se pie
Las cartas
envia. Pu
de D. Ra

Cuand
cial, segú
tinado per
tido con
puerta de
sidente de
entrar. Y

tenía que
plañidero:
—¡Señor
te hijos...